

El yo y el deseo

Dante Alighieri (Florencia, 29 de mayo de 1265 – Rávena , 14 de septiembre de 1321)

Francesco Petrarca (Arezzo, 20 de julio de 1304 – Arquà, Padua, 19 de julio de 1374)

Pocos años separan los dos grandes poetas y, sin embargo, la comparación entre ellos es ejemplo del cambio profundo que se estuvo produciendo en la cultura occidental a lo largo del siglo XIV.

Dante expresa el punto más alto al que llega la cultura medieval, y su vida y obra muestran como para él todo es vivido en el reconocimiento de Dios como fuente y fin de todo acto humano.

A Petrarca ya no le corresponde esta visión de la realidad, porque la unidad de su vida comienza a estar en cuestión: en su obra se empieza a ver una separación entre el ideal cristiano – que el reconoce teóricamente y también quiere – y los intereses concretos que mueven su vida.

Se ha subrayado, por parte de los investigadores de la literatura, que en las líricas de Petrarca se pone al centro la interioridad de la persona, sus estados de ánimo, sus dimensiones psicológicas, la subjetividad del hombre. Por eso se ha dicho que en él se preanuncia el Humanismo.

Sin embargo hay que reconocer que la afirmación del valor de la persona ya se encontraba presente en la Edad Media, que habían puesto en el centro la dignidad de cada ser humano, como declara Charles Dawson, citado por Luigi Giussani en *Por qué la Iglesia*:

«Ciertamente el humanismo fue una vuelta a la naturaleza, un redescubrimiento del hombre y del mundo natural, pero el autor del descubrimiento [...] no fue el hombre natural: fue el hombre cristiano, el tipo humano producido por diez siglos de disciplina espiritual y de cultura intensiva de la vida interior». (C. DAWSON, «Cristianesimo e civiltà», en *Religione e cristianesimo nella storia della civiltà*, p. 258).

La cultura medieval – y Dante con ella – afirman potentemente que el hombre es grande:

Consideren cuál es la simiente de ustedes:/ hechos no están para vivir como brutos,/ sino para alcanzar virtud y conocimiento. (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Infierno*, Canto XVI, vv. 118-120)

El hombre es grande porque es deseo y exigencia inexhaustos, relación directa con el infinito: en la *Divina Comedia*, Dante vive acontecimientos, encuentros, experiencias, y gracias a eso comprende cosas nuevas con relación al sentido suyo y de la realidad, que es lo que le interesa.

La *Comedia* – dice Auerbach – es la historia de la transformación y salvación de un hombre, y como tal, una figuración de la historia de la salvación de la humanidad en general. (E. AUERBACH, *Mímesis*, México D.F. ¹¹2011, p. 180)

Evidentemente – cito de nuevo a E. Auerbach – su idea [de Dante] del acaecer no es idéntica a la generalmente difundida en el mundo de hoy, y, desde luego, no lo comprende solamente como evolución natural, como un sistema de acaecimientos sobre la tierra, sino en constante conexión con un plan divino, hacia cuya meta se mueve constantemente el acaecer humano. (E. AUERBACH, *Mímesis*, México D.F. ¹¹2011, p. 185)

El poeta Mario Luzi, al propósito, dice:

Uno de los aspectos que vuelven excepcional a Dante es justamente éste: que el personaje ejemplar, que en la *Comedia* se llama Dante, es un personaje substanciado en el individuo humano que se llama Dante en la vida, en la existencia, en la historia. Existe una coincidencia

efectivamente prodigiosa entre la invención y la confesión, se podría decir. [...] Se trata de una coincidencia milagrosa entre el personaje y el autor. (MARIO LUZI, *Cantami qualcosa pari alla vita*, Forlì 1996, pp. 52-53)

En cambio Petrarca se analiza a sí mismo, se representa en todos los aspectos de sus emociones, de su psicología, en que descubre y sufre una divergencia, una división, entre lo que reconoce verdadero y las pasiones que lo dirigen a otra cosa; descubre una discrepancia entre razón y deseo, moral y pasión. Como se ve en el *Soneto XCIX* del *Cancionero*:

Pues tanto vos y yo hemos comprobado/ cómo nuestro esperar falaz se hace,/ tras el bien sumo que jamás desplace/ alzad el alma a más feliz estado.// Esta vida terrena es como un prado/ en que entre hierba y flor la sierpe yace;/ y si a los ojos su apariencia place,/ se queda el corazón más enredado.// Vos, pues, si procuráis tener la mente/ serena hasta que llegue el postrer día,/ id con los pocos, no con vulgar gente.// Se me dirá: «Mostrando vas la vía/ a otros, ¡oh, hermano!, y tú frecuentemente/ perdido andas, y más hoy todavía.»

Petrarca vive esta disociación en el amor por Laura, que siente como algo que lo aprisiona totalmente, como alternativa radical a la búsqueda de la verdad, de Dios. Laura le hace descubrir la distancia entre la verdad, que reconoce teóricamente, y la pasión que lo atrae lejos de ella. Por un lado canta a la mujer con palabras bellísimas, como en el *Soneto CLIX*, en que exalta la belleza casi divina de la mujer que ama:

¿En cuál región del cielo, en cuál idea/ halló Dios el patrón del que preciso/ cortó a medida el gesto en el que quiso/ que cuanto en cielo puede aquí se vea?// ¿Cuál ninfa en fuente a la aura se pasea/ que tan fino oro diese así diviso?/ ¿Cuándo de tal virtud dio un pecho viso,/ por más que culpa de mi muerte sea?// En vano por beldad divina mira/ quien nunca una mirada a ella envíe,/ cuando ella

suavemente hasta él se gira;/ no sabe cómo humilla Amor y engríe/ quien no sabe cuán dulce ella suspira,/ cuán dulce habla, cuán dulce ella sonríe.

Por otro lado, al mirar atentamente, parece que en el centro de la poesía de Petrarca no está tanto la amada, sino lo que ella provoca – como sentimientos – en el amante, que, analizándose, encuentra en sí mismo la duda creciente con respecto a la posibilidad de resolver la contradicción que vive y un odio cada vez mayor hacia el deseo, al hecho mismo de desear, porque este le aleja del camino correcto.

Si amor no es, ¿qué es pues lo que en mí siento?/ Y si es amor, ¿cuál su naturaleza?/ Si bueno, ¿cómo siento esta aspereza?/ Si malo, ¿cómo es dulce este tormento?// Si ardo a placer, ¿qué lloro y qué lamento?/ Si a mi pesar, ¿qué gano en mi tristeza?/ Oh viva muerte, oh plácida crudeza,/ ¿cómo haces tanto en mí, si no consiento?// Y si consiento, sin razón me duelo./ A merced de viento y mar mi nave en plena/ y en alta mar a navegar se atreve,// tan pobre de saber, de error tan llena,/ que yo mismo no sé ya lo que anhelo;/ y tiemblo bajo el sol y ardo en la nieve. (*Soneto CXXXII*)

Se rehúsa al deseo, que – dice – debería desaparecer:

Ya tan cansado el esperar me tiene/ y la guerra del llanto en que soy reo,/ que odio la esperanza y el deseo/ y cuanto lazo el corazón retiene.// Pero aquel bello gesto, que me viene/ prendido al alma y, donde miro, veo,/ me arrastra hasta el primer impío empleo,/ para que en él contra mi gusto pene.// Erré en el tiempo en que el primer camino/ de libertad cortado así me fuera,/ que es dar gusto a la vista obrar sin tino;/ corrió entonces al mal libre y ligera,/ y ahora por gusto ajeno hace camino/ el alma que una vez pecó siquiera. (*Soneto XCIV*)

¿Qué gracia hará, qué amor, o qué destino, —plumas cual de paloma,

concediéndome—, que repose y me eleve de la tierra? (*Soneto LXXXI*)

Esta incertidumbre llega hasta la duda hacia la misma posibilidad de conocer la verdad, como expresa dramáticamente en la obra *Seniles*:

Yo soy un apasionado buscador de la verdad; y sin embargo la verdad no se deja dominar por el pensamiento, así que asumo la duda misma como verdad. De manera que, casi insensiblemente, me volví académico, sin nunca conceder nada a mí mismo, sin nunca afirmar nada y dudando de todo, sin dudar sólo de aquello que consideraría sacrílego dudar. (V, 6)

Petrarca *desearía no desear* para no sentirse apresado por el error. Se ve, por primera vez en la cultura occidental, una distancia entre un bien «espiritual», superior pero lejano, y los bienes «terrenos», que son falsos, pero más atractivos.

En Dante no existe esta dicotomía: para él, al contrario, el amor por las cosas terrenas – y, encima de todas las cosas atractivas, por Beatriz –, constituye el camino para llegar a la suprema respuesta del deseo, a Dios, que llama a través de todos los deseos, despertados por las cosas y las personas, por los hechos que acontecen.

No solamente en la adquisición de la ciencia y de las riquezas, sino en toda adquisición, se dilata el deseo humano, aunque de diferente modo; y la razón es que el sumo deseo de toda cosa y el que primero da la Naturaleza es el volver a su principio. Y como Dios es principio de nuestras almas y factor de las que se le asemejan, según está escrito: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra», esa alma desea principalmente volver a él. E igual que el peregrino que va por un camino por el que nunca fue, cree que toda casa que ve a lo lejos es la hospedería, y hallando que no es tal, endereza su pensamiento a otra, y así de casa en casa, hasta que la hospedería llega, así nuestra alma apenas entra en el nuevo camino de esta vida nunca

recorrido, dirige los ojos al término de su sumo bien, y cualquier cosa que ve le parece tener en sí misma algún bien, cree que es aquél. Y como su primer conocimiento es imperfecto, porque no está experimentado ni adoctrinado, los pequeños bienes le parecen grandes, y por aquéllos empieza a desear. Así, pues, vemos a los párvulos desear más que nada una manzana y luego desear un pajarillo; y más adelante desear lindos vestidos; y luego un caballo, y luego mujer; y luego algunas riquezas, luego riquezas grandes y luego grandísimas. Y acaece esto porque en ninguna de estas cosas encuentra lo que va buscando, y cree que lo ha de encontrar más adelante. Por lo cual se ve que los deseos preséntanse unos tras otros a los ojos de nuestra alma de manera en cierto modo piramidal, porque el más pequeño está sobre todos, y es como punta de lo último que se desea, que es Dios, como base de todos. De modo que, cuanto más se procede de la punta a la base, los deseables aparecen mayores; y ésta es la razón de que al adquirir los deseos humanos se ensanchen uno tras otro. (DANTE ALIGHIERI, *Convite*, IV, 12)

Para Dante todo deseo es bueno, porque es apertura para descubrir la relación con Dios: existe como una pirámide del deseo, a la base de la cual está Dios. El hombre empieza deseando algo limitado, que es como la punta de la pirámide, y va dándose cuenta de que el alcance de lo que desea aumenta progresivamente: pasa de todos los atractivos humanos para llegar a Dios, el único que abarca toda la amplitud del deseo humano. En efecto para Dante, como para toda la cultura medieval, en las cosas se trasluce Dios, que atrae al hombre hacia sí a través de ellas, como signos que remiten más allá de sí.

Bien veo de qué forma resplandece/ la sempiterna luz en su intelecto, / que, una vez vista, amor por siempre enciende;// y si otra cosa vuestro amor seduce, de aquella luz sólo es

un vestigio,/ mal conocido, que allí se refleja. (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Paraíso, Canto V, 7-12*)

Es necesario que las cosas despierten el deseo para que este, una vez prendido, no se aquiete sino en lo único que puede llenar su amplitud que crece al infinito, o sea en Dios. Esto se ve en las siguientes tres citas del Purgatorio, la cantica de la Comedia que más trata del deseo, porque las almas que están allí viven deseando la plenitud de la felicidad, que aún no pueden experimentar.

De la mano de Aquél que la acaricia,/ aun antes de existir, cual la muchacha/ que llorando y riendo juguetea,// sale sencilla el alma y nada sabe,/ salvo que, obra de un gozoso artista,/ gustosa vuelve a aquello que la alegra.// Primero saborea el bien pequeño;/ aquí se engaña y corre detrás de él,/ si no tuerce su amor freno ni guía. (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Purgatorio, Canto XVI, 85-93*)

Todos confusamente un bien seguimos/ donde se aquiete el ánimo, y lo deseamos/ que para conseguirlo cada cual va luchando. (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Purgatorio, Canto XVII, 127-129*)

El alma, que a amar presta fue creada,/ se mueve a cualquier cosa que le place,/ tal pronta del placer es puesta en acto.// (...) Y como el fuego a lo alto se dirige,/ porque su forma a subir fue creada/ donde más se conserva su materia,/ presa al alma se entrega así al deseo,/ impulso espiritual, y no reposa/ hasta que goza de la cosa amada. (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Purgatorio, Canto XVIII, 19-21.28-33*)

El hombre de Dante - comenta Romano Guardini - «no tiene el mandato de ser modesto; [...] más bien se le manda un deseo sin límites con respecto a los auténticos y supremos significados, porque con menos el hombre no puede subsistir, siendo imagen de Dios y destinado a participar de la naturaleza divina». (R.

GUARDINI, *El ángel en la Divina Comedia del Dante*, Buenos Aires 1961.

Todo apunta a la plenitud, y Dante lo descubre justamente a través del amor por Beatriz: la belleza que en ella Dante descubre es signo de la Belleza, su bondad es signo de la Bondad, su amor es signo del Amor, que es la verdadera satisfacción del deseo de Dante. El puede descubrir que la sed que «le parte el alma» es la sed de Cristo:

Esa sed natural que no se aplaca/ sino con aquel agua que la joven/ samaritana pidió como gracia,// me partía el alma. (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Purgatorio, Canto XXI, 1-4*)

En conclusión de estas breves notas sumarias, podemos afirmar que, mientras para Dante la experiencia es un camino a la verdad, en el cual todo suceso tiene su importancia dentro de un hilo unitario hasta encontrar «la gloria de Aquel que todo mueve» (*Paraíso, Canto I*), la visión de la persona humana de Petrarca ya no encuentra en la referencia a Dios el punto unificador: el deseo no alimenta al hombre, sino que lo perturba, lo divide. Debería aspirar a las cosas espirituales, pero a cuesta de cortar el vínculo con las cosas, que, al no ser ya signos de Dios, distraen de Él y la persona es presa del gusto o disgusto, del estado de ánimo subjetivo, que la encierra cada vez más en sí misma, incierta del sentido de las cosas, y guiada por las reacciones y las opiniones.

La dificultad para ver la vida como unidad, que vemos en Petrarca, irá haciéndose ideología en los siglos sucesivos, tanto que para un lector de hoy es más fácil identificarse con la actitud de Petrarca que con la visión religiosa unitaria de Dante. En pocos años se iban cimentando las ideas fundamentales de la cultura moderna.

Giovanni Paccosi

Las ideas fundamentales de estas notas están tomadas de: V. CAPASA, E. TRIGGIANI, Dante, Petrarca, Giotto, Simone. *Il cammino obliquo: la svolta del moderno*, Bari 2007.